

---

## Los jóvenes, hacia una nueva sociabilización: Faros y Radares

---

**Amalia Valderrama Caraballo.**

Psicóloga Social.

Responsable del área de formación de  
la Fundación Carta de la Paz.

*Quisiera* empezar mi aportación al coloquio con dos imágenes: la primera es un faro. Este faro está fijo en un punto del mar y va girando, dando luz a las embarcaciones que circulan. La luz puede ser distinta según el punto de vista desde el que la vean los navegantes, pero es una luz que siempre está ahí e indica un camino.

La segunda imagen es la de un radar, ¿dónde ubicamos ahora un radar?, puede estar en cualquier parte, y ¿qué hace un radar?, busca, ubica diversos puntos, que a simple vista no se ven, en un espacio.

Hace sólo tres décadas la sociedad estaba orientada por faros. Los jóvenes tenían claro que para ascender en la escala social y laboral debían ir a la escuela, pasar por la universidad y luego vincularse al mundo laboral, mientras formaban una familia. Cuando eran adultos, muchos trabajaban 20 años seguidos para una misma institución en donde sabían que podían ser promovidos y sabían que después de sus años de trabajo gozarían de una jubilación, más o menos digna. En cuanto a la familia, estaba claro que casarse, tener hijos y educarlos, era el camino lógico a seguir, el camino que indicaba el faro social.

Hace una década las cosas empezaron a cambiar: para los jóvenes aún era claro que pasar por la escuela y la universidad traía más ventajas que no hacerlo, pero, ya no era el camino más apetecible por todos, pues ya empezaban a encontrarse con un mundo laboral copado de profesionales y la competencia había hecho que pocos encontraran un lugar de trabajo en su profesión y quien lo encontraba no duraba más de 4 años en una misma institución, tampoco había muchas esperanzas de ser promovido. La edad para tener pareja e hijos se fue prolongado y ahora no todas las personas de esta generación ven esta alternativa como la más viable.

Empezaban a aparecer varios caminos posibles dentro la sociedad. El faro ubicado en un punto del horizonte se estaba transformando en radar, un radar que debía poseer cada uno de uno de nosotros.

Actualmente vivimos en una sociedad globalizada, en donde todos tenemos que hacer uso de los radares, pues los caminos posibles se han multiplicado exponencialmente. Ya no tenemos que transitar por una única trayectoria a lo largo de nuestras vidas para introducirnos en la sociedad, sino que tenemos en frente un abanico de posibilidades a partir de las cuales tomar decisiones; debemos estar atentos para poder cazar la mejor oportunidad. De igual modo estamos en una continua búsqueda, ¿de qué? De estilos de vida, de objetos, de valores, de ídolos, de líderes a los que podemos aferrarnos por un momento y después cambiar, si es eso lo que queremos.

La sociedad actual que autores como Lyotard y Lipovetsky han denominado «postmoderna» (plano cultural), autores como Virno llaman postfordista (plano socioeconómico) y autores como Featherstone denominan sociedad de consumo, es una sociedad caracterizada por la ausencia de linealidad, donde ya no hay una finalidad histórica preestablecida sino más bien

---

una idea de tiempo discontinuo, azaroso e imprevisible. Es una sociedad en continuo vaivén, en donde la novedad atraviesa la vida y nos pone en la tarea de situarnos y re-situarnos en un instante obligándonos a adaptarnos a las nuevas situaciones que se nos presentan. Es una sociedad en la que casi todo está atravesado por el mercado y en la que es imposible no consumir nada, pues hace mucho hemos dejado de lado nuestras habilidades artesanales.

Pero el que no haya un único punto de referencia sino varios y que además estén en continuo movimiento, no es ni negativo ni positivo, no hablaría en estos términos valorativos, más bien diría que tiene sus consecuencias en cada uno nosotros y en la sociedad en su conjunto.

Pensemos ahora en un chico o una chica de 16 años que sólo tiene claro que debe ir a la escuela pues es una obligación, ¿pero la universidad y el trabajo y la familia? Creo que todos conocen a un chico de esa edad y seguro que se dan cuenta de que su futuro es una incógnita. No puede aspirar a un trabajo estable, porque hay pocos y sabe que no lo quiere porque es monótono; prefiere una actividad que le de dinero para satisfacer sus necesidades de consumo. Ha nacido en una sociedad en la que lo estable no es apetecible, es aburrido, siempre hay que aspirar a tener experiencias nuevas y objetos nuevos que permitan estas experiencias. Formar una familia no está dentro de sus planes más inmediatos y quizá ni siquiera dentro de los futuros, en fin, para este joven el factor sorpresa es el eje de su vida, él o ella poseen un radar aún más agudo, pues el faro está simplemente pasado de moda.

Con estos ejemplos estoy describiendo un giro importante que se ha dado en las sociedades industrializadas o ahora denominadas «del centro». Tiene que ver con el paso de una sociedad centrada en el trabajo a una sociedad centrada en el consumo, como bien describe el sociólogo Zigmund Bauman.

En una sociedad centrada en el trabajo, se valora la formación pues es la que garantiza un ascenso continuo en la escala social. Estudiar y trabajar genera un cierto estatus. El quién eres está relacionado con la profesión que tienes y con el trabajo que desarrollas. En una sociedad centrada en el trabajo, se valora el esfuerzo y la satisfacción viene dada por el trabajo bien hecho. Quien no trabaja duro no tiene ganancia y no puede satisfacer sus necesidades.

En una sociedad centrada en el consumo, la formación que se tenga y el lugar del cual se obtiene el dinero pasan a un segundo plano. Ahora lo importante es poder acceder a los bienes de consumo, estar en los lugares clave y rodearse de las personas indicadas. No interesa si se ha ganado el dinero a partir de una formación o a partir de un negocio creativo. En una sociedad centrada en el consumo, como bien dice Castany, el nuevo lema es la maleabilidad, hay que saber adaptarse a los continuos cambios del mercado (comercial, laboral, tecnología) y cuanto mayor sea la libertad de elección más se asciende en la escala social. En este tipo de sociedades, como afirma Featherstone, las personas se clasifican no tanto por su clase social sino por su estilo de vida (la vestimenta, el tipo de ocio, las preferencias en materia de comida y bebida, el tipo de coche, etc.).

El giro que acabo de describir ha dejado como consecuencia una sociedad marcada por la movilidad, la itinerancia y la posibilidad de elección, pero también ha dejado la marca de la precariedad, entendida no tanto como carencia sino como incertidumbre, con respecto al acceso sostenido de recursos fundamentales para el desarrollo del individuo (muchas familias no saben si llegarán a fin de mes, muchas personas no saben si mañana deslocalizarán su empresa y serán despedidas). Se ha puesto en evidencia un nuevo tipo de amenaza, a ser excluido de la sociedad por no poder consumir y, para no caer en ella, nos ha forzado a gastar gran parte de nuestro tiempo y nuestras energías en ganar el dinero que nos permita incluirnos en esta sociedad que consume.

Ésta es la sociedad que se ha ido construyendo históricamente y que hemos ido asimilando poco a poco en la última década. Éste es el mundo que los jóvenes han heredado de los adultos y que ha transformado las relaciones entre ambos.

Actualmente muchos adultos están centrados en el círculo trabajo-consumo que impone la sociedad o están intentando hacer frente a la enorme flexibilidad laboral. Su tiempo está cada vez más compartimentado en tiempo de trabajo y tiempo de ocio y éste último pocas veces es un tiempo creativo en el que cada persona decida qué hacer en bien de sí misma y de los que la rodean. Muchos dejan este tiempo en manos de la industria del espectáculo.

Mientras tanto, niños y jóvenes se adaptan a esta carrera de los adultos y construyen a partir de ella, piden tiempo, pero al no serles concedido piden objetos, que son la garantía para estar en contacto con otros. Estar dentro de un grupo de pares actualmente requiere compartir unos ciertos estándares de consumo y ellos sienten más que nadie miedo a ser excluidos (por ejemplo el teléfono móvil, si un joven no tiene cómo se pueden comunicar sus amigos con él). Estos niños y jóvenes, cada vez más institucionalizados, pasan sus días entre la escuela, el *esplai*, el club deportivo...

Quienes están cerca de los jóvenes no son sus padres, son sus amigos, sus maestros, sus monitores. Ellos se quejan de su falta de interés por el bien común, de su apatía, de las pocas esperanzas en el futuro.

Y yo me pregunto, ¿estos jóvenes están percibiendo un mundo adulto con interés por el bien común?, ¿están viendo que los mayores participan y se involucran en proyectos con otros?, ¿están cerca de personas que viven su presente con plenitud y hacen esfuerzos por construir un futuro mejor?

Desde mi punto de vista, el de una joven que está haciendo la transición hacia el mundo adulto, veo que muchos adultos han ido poco a poco delegando en las instituciones y en las empresas sus compromisos con la sociedad. Su salud la han delegado a la sanidad, hay poca intención de prevenir; el cuidado de la naturaleza y el espacio lo han delegado al departamento de medio ambiente, y seguidamente han delegado también el cuidado de sus hijos: es la escuela la que debe pensar en su educación, es el *esplai* o el centro cívico el que debe pensar en el tiempo libre, es la empresa de eventos la que debe pensar la fiesta de cumpleaños.

Los adultos han delegado la gestión de sus propias vidas y por ende la de sus hijos a otros y asisten a ello como espectadores, no se implican, no participan en la creación de las mismas instituciones, actúan también como consumidores pues saben que pueden exigir sin necesidad de aportar (por ejemplo, no van a reuniones de padres de familia, pero cuando su hijo se queja de una maestra, enseguida van a quejarse y exigir).

Por otro lado, los adultos han limitado la participación a la simple queja, son muchos los que salen a la calle sólo para quejarse de lo que pasa a su alrededor, quejarse de los otros diferentes, de la gestión de los problemas sociales, pero ¿cuántos además de quejarse se reúnen para construir nuevas maneras de hacer las cosas?, ¿para plantear alternativas no desde la queja sino desde el entusiasmo?

Creo que los jóvenes están absorbiendo los esquemas que les brinda la sociedad de los adultos, esto es un proceso lógico, tomemos conciencia de que los jóvenes son un reflejo del mundo adulto, un reflejo con más energía, con más vitalidad, por ello se agudizan aquellas características que pueden tener los adultos y no ser tan visibles. Están siguiendo un modelo

adulto según el cual el presente se vive como una verdadera carga, y además del grito y la queja, se hace poco por construir un futuro mejor.

Esos jóvenes que no han pedido venir al mundo, sienten que viven en un mundo hostil, en el que sus padres muchas veces los ven como una carga más y por ello delegan la gestión de sus vidas a otros, y claro que se quejan, a su manera, desde los medios que tienen para ello, pues sienten que sus padres no les han dado un *sí*, la sociedad entera no les ha dado un *sí*. Me refiero a que no les han dicho o no les han hecho sentir que: «sí, te hemos traído a este mundo responsablemente porque lo hemos querido, porque estamos contentos de estar aquí y porque creemos que vale la pena que estés aquí. Y como nosotros te hemos traído, nos comprometemos a brindarte la vida que te mereces y a construir el futuro que te mereces».

Estamos en un momento en el que más que nunca tenemos la posibilidad de elegir qué hacer con nuestras vidas, tenemos la posibilidad de reflexionar si queremos, o no asumir lo que significa traer a otras personas a este mundo y ofrecerles una buena vida. Tenemos en nuestras manos también los medios disponibles para poder construir nuevas formas de vida, nuevas formas de socialización, ¿por qué no lo hacemos?, ¿por qué no aprovechamos esa oportunidad que nos brinda esta sociedad para construir, en lugar de sólo consumir lo que nos viene ya hecho?

Creo que los jóvenes, las generaciones que están por venir, nos están exigiendo que hagamos un nuevo giro en la sociedad, un giro del consumo a la creatividad. ¿Qué implica este giro? Pasar de ser consumidores a ser actores. Los consumidores esperan ansiosamente a que salga una nueva oferta para comprarla o rechazarla y poder entonces exigir, desean que los seduzcan con novedosos productos y situaciones, que sean motivados, que despierten su interés.

Los actores, en cambio, no esperan, sino que se mueven activamente para crear nuevas situaciones, no buscan que alguien los motive pues están entusiasmados, están contentos con su presente (y esto no quiere decir que no sean críticos con lo que pasa), pero tienen ganas de hacer cosas, de construir un mundo mejor para todos, en el que todos puedan sentirse contentos de su presente.

Más que motivar a los jóvenes podríamos empezar a entusiasmarlos. Eso implica no verlos como seres pasivos a los que todo les debe venir de fuera y además ya hecho, acabado, y más bien confiar en que cada uno de ellos tiene un gran potencial, que tiene la posibilidad de pensar, de elegir, de crear y que sólo necesita que los adultos le muestren que es posible hacerlo. Los jóvenes necesitan a su lado adultos que sean capaces de mostrarles que hay diversos caminos abiertos y que estén dispuestos a caminarlos junto a ellos; adultos que confíen en que hacer del mundo un lugar mejor si es posible.

Los niños y jóvenes que los adultos han traído al mundo nos están mostrando que no les podemos exigir actitudes que nosotros mismos no tenemos, nos están pidiendo que les enseñemos lo gratificante que es construir, que les contagiemos nuestro entusiasmo y no nuestras frustraciones.

¡Este es el reto, ojalá podamos ponerlo en marcha!

-----

Cena coloquio, del Ámbito María Corral de investigación y difusión, 19 de enero de 2006, Barcelona, <http://www.ua-ambit.org/libro173-3.htm>